

R I P I O S

Vamos trillando caminos
de cara a la eternidad.
¡Qué lejos, ¡ay!, los espinos
de nuestra quimera están!

Cuantas sombras hemos visto
y cuantos soles soñamos.
¡Hasta los clavos de Cristo
con nuestra sangre manchamos!

Qué pocas noches nos quedan
para contar los luceros.
Todas las zarzas se enredan
al árbol de nuestro empeño.

Y, en nuestros secos rastrojos,
-milagro del corazón-,
aun quieren ver nuestros ojos
los Magos de la ilusión...
... ..

Vamos trillando caminos
de cara a la eternidad.
¡Qué lejos, ¡ay!, los espinos
de nuestra quimera están!

Manuel OSTOS GABELLA

La Revista de Extremadura



ACE breves días, me vi sorprendido, con el mayor agrado, por una carta, tan inesperada, como agradecida, de uno de los alumnos más distinguidos que salieron de ese Instituto, Tomás Murillo Iglesias, de los cuales, aún, queda un plantel lucidísimo, y que tiene, en su haber, verdaderos valores que han contribuido, eficazmente, a la evolución progresiva que ha experimentado Cáceres, y por irradiación, toda la provincia, debida a una serie de elementos y circunstancias, de que careció, hacia muchos lustros, por no decir, siglos.

Aún, alcancé yo, a mi llegada a esa interesante ciudad, que conservaba, casi intacta, como en un relicario, la historia monumental y gloriosa de que gozó, en siglos pretéritos, voceros mudos y elocuentes, aunque parezca paradójica, de las civilizaciones sucesivas que marcaron las grandes etapas de nuestra agitada historia patria.

Aquella vida durmiente, monótona, rutinaria y, desde luego, inútil, en la que los hombres vegetaban y la juventud, inteligente y despierta se consumía en agobiante abulia, sin más ilusión que la del Casino, la caza y las tertulias, a las que, indolente, se entregaba matando caza y, también, matando tiempo.

Pero, la generación a que me refiero supo defenderse, heroicamente, de aquel ambiente, empleando sus envidiables energías intelectuales, con el mayor éxito, surgiendo de ellos abogados, hombres de ciencia, artistas, ingenieros, filósofos, astrónomos y sociólogos, que pusieron a presión su voluntad y su inteligencia para manifestar su valer, en todos los aspectos del trabajo, fundando y dando calor a Centros culturales, como el Ateneo, publicaciones denunciadoras de un despertar fecundo, que facilitaron a Cáceres el reconocimiento de sus derechos, hasta entonces injustamente desconocidos, para figurar, en la vida nacional, como un elemento valioso, que contribuía a su sostenimiento económico y no recibía las atenciones oficiales, a que tenía derecho, como las demás regiones esñaoplas.

En su carta, Tomás Murillo, recuerda aquella «Revista de Extremadura» que leyera, cuando niño, de gran acogida y justa fama, tanto en España como en el extranjero, conservando aquellas impresiones infantiles en su edad madura, presentándomelas como motivo de una Crónica que no deja de ser oportuna, puesto que de todos sus fundadores y redactores, soy yo el único sobreviviente, animándome a ello, y recordando su lista, cuya lectura produce, en mí, añoranzas de aquellos compañeros y amigos que ya desaparecieron, y a los que no tardaré mucho tiempo en seguir, por tan seguro camino.